

Zamora

Historia, Monumentos y Recorridos

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2009
Todos los derechos reservados

Índice

Origen de Zamora

1	Desde el puente	7
2	El castillo	15
3	Ataques musulmanes y despoblamiento	21
4	San Isidoro	25
5	El Portillo de la Traición	31
6	La catedral	41
7	La iglesia medieval zamorana	49
8	San Ildefonso	57

Primer amurallamiento

9	La cuesta de Pizarro	65
10	La iglesia de la Magdalena	73
11	La plaza Viriato	81
12	Palacio de los condes de Alba y Aliste	87
13	San Cipriano	93
14	El Motín de la Trucha	101
15	La Plaza Mayor	109
16	Iglesia de San Juan	119

Segundo amurallamiento

17	El barrio de la Lana	127
18	Baltasar Lobo	133
19	San Vicente	139
20	La Casa de los Momos	143
21	Santiago del Burgo	149
22	El Mercado	155
23	San Andrés	159
24	Los Tres Árboles	163
25	Santo Tomé	171
26	Santa María de la Horta	175
27	El Museo Provincial	179

Barrios de la periferia

28	Hacia las aceñas	187
29	San Claudio	193
30	Santiago el Viejo	199
31	Continuación del camino	205
32	El barrio de Cabañales	211
33	San Frontis	217
34	Orillas del Duero	221

Y yo me iré.

Y se quedarán los pájaros cantando;
y se quedará mi huerto con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Todas las tardes el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón de aquel mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico.

Y yo me iré;
y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

Juan Ramón Jiménez

1. Desde el puente

Me iré, iba diciendo para mí aquella última tarde. Recordaba esa sensación que me dejaban los versos de Juan Ramón. Me iré mañana y todo esto será memoria, un hilo de recuerdo que me une a aquellos días que, aún siendo presentes, ya empiezan a ser pasado. Apoyado en la balaustrada del Puente de Piedra, el mismo que había contemplado al salir cada mañana, sobre el que había cambiado la luz hora tras hora cuando iba y venía, el río Duero, sereno y caudaloso, con una pizca de espuma, amplio, magnífico.



Me iré y el río continuará pasando incansable día tras día, dejando atrás el recuerdo de estas horas. Quedará la luz en mi memoria, esa luz de atardecer cuando me dirigía a escuchar un concierto de fados y el tiempo pareció detenerse por un instante, congelada la visión del río, las aceñas de Olivares más lejos, la espadaña de San Claudio. Quedará ese

día en que estuve paseando por aquel lugar observando las arquivoltas de la entrada mientras la guía me explicaba cada una de sus representaciones en piedra. Permanecerá aquel camino hasta Santiago el Viejo, los campos que se extendían hacia el horizonte, un arroyo seco, el bosque de Valorio y la subida de nuevo hacia el casco histórico. Me iré, decía, pero mi memoria se iba poblando de cigüeñas que surcaban el cielo camino de la torre de San Ildefonso, de los nidos de San Cipriano. Aún escuchando los fados aquella noche alcanzaría a ver algunas sobrevolando el escenario y acudiendo a su cita de cada noche, cuando iba ascendiendo la cuesta de Pizarro y veía sus siluetas quietas como esfinges, recortándose en la noche.



Sí, pensaba apoyado en el puente, quedará atrás ese perfil de Zamora, sus casas apiñadas reflejándose en el río, San Juan en la plaza Mayor, cuando me sentaba por la tarde a tomar una cerveza y miraba las cigüeñas de su torre, escuchando encantado ese castañeteo suyo que acompaña a los zamoranos durante el día. Palidecerá el recuerdo de

aquellas comidas en el Mio Cid, el sentarme junto a Santiago del Burgo mirando cómo pasaba la gente afanosa camino del trabajo, de sus compras, interminable calle de Santa Clara. La gente caminando de acá para allá, mirándose de vez en cuando, valorando la presencia de conocidos en la arteria principal de la ciudad, mientras yo les miraba sentado, algo fatigado de pasear a mi vez, testigo mudo y quieto de una ciudad que no deja de moverse.



Fui a encontrar el sabor de aquella ciudad medieval que fuera a levantarse sobre la Peña Tajada, dominando el Duero, allá hace un milenio. Fui a saborear la visión de sus dos decenas de iglesias levantadas en apenas dos siglos, muestra todas ellas de un románico cuyas características me había propuesto aprender. Llegué un día de julio dispuesto a pasear por entre sus casas empedradas, el silencio de una ciudad antigua y pequeña, y me encontré con otra llena de vida, atravesada por la música de un festival folklórico, la alegría de bailes por la calle, mujeres que bailaban entre risas

tratando de imitar torpemente los pasos de los danzantes. Encontré alemanes sentados en una terraza, jóvenes vestidos con trajes regionales que, tras la comida, sacaban un acordeón y cantaban cerca de las mesas mientras la gente les seguía entre palmas.

Luego, cuando el festival hubo terminado, los turistas escasearon y su lugar lo ocuparon los propios transeúntes, las conversaciones en las esquinas, saludos familiares, viejos que se sentaban en un banco a hablar de sus años y preocupaciones, de la familia, gente entrando y saliendo de las tiendas, niños, muchos niños, más de los que yo había supuesto. El flujo de la vida que atraviesa la historia pasada como una saeta, como esa rúa de Notarios que nace desde la misma entraña del tiempo, junto a la explanada original de la ciudad en la que se levanta la catedral, el castillo y el palacio episcopal. Tras llegar a la iglesia de San Ildefonso, límite original del primer asentamiento medieval, la rúa se transforma en la de Francos que deja otras iglesias a un lado, tiendas, comercios, centros públicos, hasta llegar a la plaza Mayor, nuevo límite de una línea amurallada en el siglo XI. Pero incansable, la corriente de la vida se transforma a partir de ahí de manera que la rúa de Francos se divide en tres ramas que se extienden sobre el terreno del segundo amurallamiento: San Andrés a la derecha, San Torcuato a la izquierda y en el centro la calle peatonal de Santa Clara, las tres acabando en el límite de la muralla levantada en el siglo XIII y reuniéndose en la plaza de la Marina, el más amplio lugar de encuentro ciudadano.

Así, una ciudad que fue expandiéndose a lo largo de dos siglos desde un enclave militar inicial hasta una primera y luego una segunda muralla, se ve atravesada en perpendicular por una corriente de vida y presente, un paseo por donde transcurren sus días los zamoranos de manera

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

